

Manuel Godoy: el favorito de la reina

Su fulgurante ascenso, de guardia de corps a primer ministro de la monarquía con sólo 25 años, escandalizó al pueblo, que lo culpó luego de haber propiciado la invasión de Napoleón en 1808

Ministro en una época convulsa

1767

Nace Manuel Godoy, en Badajoz, hijo del militar José de Godoy y de Alejandra Álvarez de Faria, ambos de familia hidalga pero pobre.

1792

Carlos IV nombra a Godoy «ministro universal», sucediendo al conde de Aranda. De inmediato se enfrenta a la Revolución Francesa.

1808

Estalla en Aranjuez un motín contra Godoy. Los insurrectos están a punto de lincharlo, pero unos guardias de corps lo rescatan.

1851

Fallece en París al término de un largo exilio, durante el que escribe sus *Memorias*, vindicación de su persona y su gobierno.

Manuel Godoy y Álvarez de Faria llegaría a convertirse en uno de los hombres más poderosos en la España de su tiempo. A lo largo de su vida acumuló toda clase de cargos y títulos, a cual más rimbombante: Ministro Universal, Príncipe de la Paz, Generalísimo, Grande de España... No estaba mal para quien en 1784, a los 17 años, había llegado a la corte de Carlos III como simple guardia de corps.

Según una versión fue en Madrid, durante la Semana Santa, cuando el destino de Godoy cambió para siempre. Corría el año 1788. Era costumbre entonces que los guardias de corps sacasen en procesión un Cristo venerado en la iglesia de San Sebastián, situada en la calle de Atocha. Los guardias tenían fama de aprovechar cualquier ocasión para galantear con las jóvenes que se cruzaban en su camino. Manuel Godoy, que portaba las andas de la imagen religiosa, se llenó los bolsillos de bellotas, para ir lanzándolas a los cristales de las viviendas de sus amigas. Pero dio un

traspies, lo que hizo que él, sus compañeros y el Cristo terminasen en el suelo. Todo ello llegó a oídos del entonces

príncipe Carlos, que llamó al responsable de tan irreverente suceso. Mientras el guardia recibía la regañina del rey, su esposa María Luisa interrumpía para hacer preguntas personales. La conversación fue tornándose en una charla amigable y Carlos se llevó una sorpresa cuando el joven le informó de que jugaba al ajedrez y que, además, tocaba la guitarra. Había encontrado al que sería su compañero de juegos, al igual que María Luisa..., según los rumores.

Un ascenso meteórico

El caso es que Godoy fue, poco a poco, ganándose la confianza de los príncipes. En cuanto éstos ascendieron al trono en diciembre de 1788, empezaron a llover sobre el extremeño toda clase de distinciones, primero militares —cadete, ayudante general, brigadier, mariscal de campo, sargento mayor—, luego cortesanas —gentilhombre de cámara, comendador de la orden de Santiago, duque de Alcudía—, y por fin, también políticas. Primero fue nombrado superintendente de Correos y Caminos, luego consejero de Estado, hasta que en 1792 se produce lo inimaginable: con apenas 25 años, Godoy es nombrado primer ministro de la monarquía.

El fulgurante ascenso de Godoy no podía sino provocar suspicacias y murmuraciones. Una frase de la época decía,

Como primer ministro, Godoy buscó la alianza con Napoleón para salvaguardar la monarquía



CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR OTORGADA POR EL EMPERADOR NAPOLEÓN. SIGLO XIX.

SCALA



ALTO Y RUBIO: LA MEJOR VÍA PARA TRIUNFAR

MANUEL GODOY supo hacer valer sus atractivos físicos para lograr el favor de la reina María Luisa, que sin embargo también lo admiraba por su inteligencia. Pasados los años aún conservaba gran parte de su prestancia juvenil, como indica el testimonio de un político de la época, Alcalá Galiano, que describió así al ministro cuando tenía unos 40 años: «era de alta estatura, lleno de carnes, aunque no gordo, muy cargado de espaldas, a punto de llevar la cabeza algo baja, de pelo rubio y de color muy blanco; rara coincidencia en un hijo de Extremadura...». Descripción que se corresponde con los diversos retratos que hicieron de él Goya y otros artistas.

MANUEL GODOY EN UN RETRATO REALIZADO POR ANTONIO CARNICERO EN TORNO AL AÑO 1796. MUSEO ROMÁNTICO, MADRID.

ALBUM

aludiendo al poder que acaparaba el valido a costa del apocado monarca: «Vale más sonrisa de Godoy que promesa de Carlos IV». Un día apareció por las calles de Madrid un perro con un cartel al cuello que decía: «Soy de Godoy, no temo nada». No se pudo descubrir al autor y se encarceló al perro. Pero, sobre todo, se murmuraba de la relación del valido con la reina, 17 años mayor que él, y que nunca había sido querida por el pueblo. Los historiadores han discutido largamente la realidad de esta acusación y, aunque algunos la han negado totalmente, la mayoría tiende a admitir que la relación existió, aunque sin duda fue muy exagerada por los rumores.

Sin embargo, el encumbramiento de Godoy no se debió únicamente a un capricho amoroso. A los pocos meses de acceder al trono, Carlos IV y María Luisa se enfrentaron a una situación internacional enormemente complicada, que desbordaría enseguida el carácter indolente y bonachón del monarca.

El hombre del momento

Desde luego, no era tarea fácil lidiar con la Revolución Francesa y sus repercusiones. No olvidemos que el último rey de Francia, Luis XVI, cuya cabeza rodó por necesidades de la causa revolucionaria, era primo de Carlos IV. La situación se volvió aún más difícil cuando

entró en escena Napoleón, que, desde París, ansiaba hacerse con el dominio de medio mundo. Además, la corte española estaba sumergida en complicadas intrigas políticas y dinásticas. Los ministros estaban divididos en torno a la continuación de la política ilustrada de Carlos III y la actitud frente a la Revolución; los veteranos Floridablanca y Aranda no parecían resolver nada. Y por si eso fuera poco, el príncipe Fernando, heredero al trono, pronto empezó a conspirar contra su padre.

Todo ello explica que Carlos IV y María Luisa desearan elegir a alguien nuevo que gobernase sin dejarse influir. Y, a ser posible, joven y enérgico. Ambos



FOTOTECA 9 X 12

CASA DEL LABRADOR, en el Real Sitio de Aranjuez. Carlos IV y María Luisa emplearon los mejores arquitectos y decoradores para construir esta residencia entre 1790 y 1802.

el gobierno como ministro de Justicia, junto a otro ilustrado de renombre, Saavedra Jovellanos, escandalizado por la vida privada de Godoy, intrigó para que fuera apartado de la privanza, y en efecto durante un breve período el extremeño hubo de renunciar a sus cargos. Pero en 1800 volvió al gobierno y de inmediato logró la destitución del asturiano. Jovellanos se retiró primero a Gijón, pero poco después Godoy ordenó encerrarlo en el castillo de Bellver.

En manos de Napoleón

Aun así, lo más discutido de la acción de gobierno de Godoy fue su política exterior. En sus primeros años el valido tuvo una relación tensa con la Francia revolucionaria, hasta el punto de que hizo que España se sumara a la invasión organizada por las potencias absolutistas en 1793. Inicialmente la campaña fue exitosa, pero las tornas cambiaron enseguida y los franceses entraron en Cataluña, Navarra y el País Vasco. Godoy negoció una paz que no resultó del todo desfavorable y que le valió otro pretencioso título: príncipe de la Paz.

Godoy aprendió la lección y en lo sucesivo se inclinó por la alianza con Francia, primero con el Directorio, luego con Napoleón. Eso supuso enfrentarse con Gran Bretaña, que demostró su supremacía marítima derrotando una vez tras otra a franceses y españoles. En 1801 Napoleón obligó a Godoy a abrir hostilidades con Portugal, para cerrar las puertas al comercio inglés. Godoy recogió los laureles de una campaña rápida y fácil para las tropas francoespañolas. Tras ocupar varias poblaciones lusas, la vanguardia hispana trajo a Godoy como signo de victoria dos ramos de naranjas, que el ministro ofreció de inmediato a María Luisa; de ahí el nombre burlón que el pueblo dio al conflicto: guerra de las Naranjas.

Pero el problema portugués no quedó resuelto. En 1807 Napoleón forzó a Godoy a firmar una alianza que permitiese a las tropas francesas atravesar el territorio español con el fin de llegar a Portugal y repartírselo entre los dos

estaban convencidos de que Godoy reunía las cualidades necesarias para cumplir ese cometido y durante quince años mantuvieron esa confianza contra viento y marea, uniendo totalmente su suerte a la de su ministro.

Dentro de las reformas que Godoy quiso acometer en España estaba el control del poder de la alta nobleza. Y sólo podía lograrlo alguien que fuese capaz de salvar el rígido protocolo de la corte, para poder actuar sin frenos cuando se necesitase contar con una alta dignidad nobiliaria. Quizá con este fin Godoy fue encumbrado a Grande de España, entre otros títulos,

en poco tiempo. No en vano María Luisa negoció su matrimonio con una sobrina del rey, María Teresa de Borbón y Villabriga, condesa de Chinchón. Este matrimonio sería desgraciado y terminaría en 1808, cuando María Teresa abandonó a su esposo, ante la evidencia de su relación con la joven Pepita Tudó, quien, según algunas hipótesis, podría haber servido a Goya de modelo para pintar su *Maja desnuda*.

Rápidamente Godoy se convirtió a ojos de la opinión ilustrada en un dictador, un exponente del «despotismo ministerial». A ello contribuyó su accidentada relación con Jovellanos, el intelectual más prestigioso del momento. En 1797 Godoy decidió integrarlo en

El príncipe Fernando instigó el motín de Aranjuez, en el que Godoy estuvo a punto de morir



ALEGORÍA DE FERNANDO VII. COLGANTE. MUSEO LÁZARO GALDIANO, MADRID.

LA FAMILIA de Carlos IV, por Francisco Goya. La reina sostiene de la mano al infante Francisco de Paula, en quien se ha visto un parecido con Godoy. Museo del Prado, Madrid.



ORNOZ

¿INFANTES BASTARDOS?

LAS MALAS lenguas sugerían que varios hijos de María Luisa de Parma eran fruto de su relación con Godoy, entre ellos el infante Francisco de Paula, nacido en 1794, y que años después se casaría con su prima Isabel II. Pero el hecho de que María Luisa pensara casar a su hijo con una hija de Godoy parece desmentir las sospechas.



ORNOZ

ISABEL II, REINA DE INGLATERRA. MINIATURA POR NICHOLAS HILLIARD. SIGLO XVI.

países. Cuando Godoy se dio cuenta de lo que significaba la firma del tratado de Fontainebleau, ya era tarde, y el ejército de Napoleón había ocupado España. Los españoles señalaron enseguida a Godoy como responsable. Así, en marzo de 1808 una multitud —instigada seguramente por los partidarios del príncipe Fernando— asaltó la residencia de Godoy en Aranjuez. El ministro permaneció oculto durante 36 horas, hasta que, exhausto, salió en busca de agua. Al ser reconocido por un centinela, el pueblo volvió a concentrarse frente a su casa con ánimo de lincharlo; tan sólo se salvó gracias a la intervención de unos guardias de corps. Luego los franceses lo tomaron bajo su protección y lo enviaron a Bayona, donde el emperador había convocado a toda la familia real española para obligarlos a que cedieran la corona española a su hermano José.

Siempre fiel a la familia real, Godoy se mantendría al lado de Carlos y María Luisa durante los años que pasaron

cautivos en Compiègne y, más tarde, cuando se establecieron en Roma después de que Fernando VII fuera repuesto en el trono de España al término de la guerra de Independencia. A la muerte de sus dos protectores en 1819, Godoy, desprovisto de títulos y riquezas, marchó a París. En esta ciudad, donde vivió sus últimos años, se dedicó a escribir sus memorias, publicadas en una traducción al francés. Falleció en la capital francesa en 1851, cuando tenía 85 años y eran ya pocos los que se acordaban del momento de gloria que vivió medio siglo antes aquel guardia de corps elevado al gobierno de la monarquía por el favor de una reina.

M. FÁTIMA DE LA FUENTE DEL MORAL
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE (MADRID)

*Para
saber
más*

ENSAYO
Godoy. J. Belmonte y P. Leseduarte.
Ediciones Beta Milenio, Bilbao, 2004.

TEXTOS
Memorias de Godoy. E. Rúsoli
(ed.), Esfera de los Libros, Madrid, 2008.